

LAS IMPUREZAS DE DOÑA PURA

Como cada año, llegó a la estación con su ya vieja maleta, en la que había metido un traje marrón de elegante raya diplomática -que no se pensaba poner-, y un vestido envuelto cuidadosamente en un papel de seda de discreto color. Quiso poner a salvo este último de la mirada escrutadora de su madre, que merodeaba a su alrededor mientras preparaba el equipaje.

Llegó como cada año, desbordante de alegría, sintiendo ya en toda su piel la proximidad de Madrid. Ocupó su sitio en el vagón y, dado el escaso peso de su maleta, la colocó arriba con gran facilidad. Durante el viaje, se dedicó a dejar volar su imaginación, sus recuerdos, que tantas veces había revivido desde la última vez. Solo cuando faltaba media hora para llegar, Doña Pura recuperó su maleta y abandonó el compartimento. Se dirigió al lavabo, situado al final del vagón, esperando disponer de él tranquilamente durante el rato que ella necesitaba. No le gustaba tener que apresurarse en la tarea que la llevaba hasta allí.

La mujer del pañuelo negro a la cabeza, sentada frente a ella desde que arrancara el tren, la volvió a mirar cuando la vio levantarse, fijándose esta vez en otro detalle más que también la fascinó: las costuras rectas que llevaban sus medias por detrás, a lo largo de cada pierna.

Durante el trayecto, la había mirado varias veces, siempre que se lo permitió ese mozalbete inquieto que debiera estar sentado a su lado y sin moverse, y con el que Dios quiso bendecir su vida, olvidándose de advertirle de que ya no iba a tener un solo momento de paz. La buena mujer tan sólo encontraba un poco de sosiego cuando le daba algo de comer al chaval, así que, cada poco tiempo, sacaba una tartera de aluminio de una cesta de mimbre que tenía a mano y de allí iba cogiendo los tranquilizantes para el chico. Unas veces, un muslo de pollo rebozado, otras un trozo de tortilla de patatas, y otras tantas, un simple pedazo de pan. Era entonces, mientras el chaval se entretenía en comer, cuando ella admiraba la discreción y la elegancia de la señora de enfrente.

¡Ay si su Paco la viera a ella dentro de ese traje de chaqueta gris, y subida encima de esos tacones tan altos, y con esas medias de humo, tan suaves y transparentes!, pero qué la iba a ver así nunca su Paco, si ella sólo tenía esas zapatillas negras de paño, tan calladas y silenciosas, donde se hundían sus pies hasta desaparecer del mundo; y sin piernas, que ella siempre iba sin piernas por la vida, que con unas medias tan gordas y tan tupidas, y tan negras como la propia oscuridad, nadie sabía si eran dos piernas lo que tenía debajo o eran un par de lomos embuchados que se habían puesto a caminar. ¡Y qué moño tan brillante y esponjoso lucía la señora! ¡Vamos, igualito que ese trozo de estropajo enmarañado que llevaba ella detrás!

Pero Doña Pura, ajena por completo a esa admiración que había despertado en la mujer del pañuelo negro, iba a terminar de pronto con toda esa elegancia y discreción. Había tenido suerte. No había nadie en el pequeño lavabo, así que, tras cerrar la puerta, empezó a desabrochar los botones de

su chaqueta gris y a bajar la cremallera de su falda. Ahora, por fin, le daría unos días de vacaciones a ese traje, que ya había trabajado bastante desde que se lo comprara. Demasiadas veces había ido el pobre a misa los domingos por la tarde, y demasiadas veces la había acompañado en esos paseos diarios que el médico, y ella misma, obligaban a dar a su madre; esos paseos tediosos en los que tenían que pararse a cada momento; unas veces porque las piernas torpes de su madre se negaban a dar un paso más y otras porque las vecinas del pueblo, a pesar de la fama que tenía el mal carácter de su madre, las saludaban amables a cada momento, que para eso habían sido la esposa e hija del mejor médico que tuvo el pueblo.

Doña Pura, sin embargo, no piensa en nada de eso ahora, mientras la cintura de su falda resbala alegremente sobre sus piernas. Ya siente el cosquilleo de todos los años en el estómago. Ya siente la proximidad de Madrid. Ha perdido la cuenta de cuando fue la primera vez que lo visitó, invitada por su amiga Juanita para pasar unos días con ella. Fue hace quizás siete, o nueve años, o tal vez diez. Qué más da. Doña Pura disfrutó tanto de su estancia en Madrid y de la compañía de su amiga que tuvo que inventarse una excusa para volver; no una excusa cualquiera, sino una respetable, tan respetable como ella. Y allá que se va cada año, tras varios días en que inicia su representación anual, no escatimando ni gestos ni palabras a la hora de mostrar su desagrado por un viaje tan largo y, poniendo bien de manifiesto su preocupación, porque ¡ay que ver!, que ya se lo dijo ese médico tan famoso de Madrid, que esos pólipos hay que vigilarlos, Doña Pura, que la naturaleza a veces se tuerce y hay que tener cuidado. Así que no puede ella hacer otra cosa que resignarse y abandonar por unos días -Dios sabría cuántos- esa vida dulce y tranquila del pueblo. *Y rutinaria y aburrida como un péndulo*, añadía para sí misma, ya en silencio.

Y allí estaba ahora, en el lavabo del tren, quitándose una a una las horquillas que esclavizaban su pelo, guardándolas en un estuche sacado de su maleta, y haciendo recuento del resto de cosas que tenía que dejar guardadas allí. Las que le enseñaron las monjas en el Colegio; cuando ella era todavía Purita a secas y las monjas aprovechaban su nombre para recordarle unos cuantos sinónimos más; y *casta*, y *púdica*, y *decorosa* y *recatada*. El Doña Pura, con todas sus letras, le cayó encima años después, tras un par de noviazgos frustrados que le dieron derecho a un hermoso cartel, el de *solterona*, que también ahora pensaba dejar guardado.

Desenganchó una horquilla que se había enredado en su pelo, y siguió con su recuento. Sí, los sermones de D. Tomás, el cura, también; claro que los dejaría allí, que ya se ponía muy pesado; que si cuidado con la vida impía de la Capital, que si todos estaban corrompidos, que atención a los vicios y diversiones nocturnas, que si el diablo andaba allí por las esquinas.

Pero sobre todo, y por encima de todo, tenía que dejar guardada en la parte más profunda de la maleta, en el sitio más oculto, la ya decrepita imagen de su madre, con aquella expresión de su cara que de pequeñita la hacía temblar, cuando se convertía de pronto en una niña muda ante su

presencia, y su dulce vocecita moría de miedo entre los pliegues de su entrecejo. Cuando escuchaba esas palabras desabridas que se escapaban de sus labios finos como el papel.

Era la autoridad de su madre lo primero que tenía que dejar allí, lo primero que debía olvidar, porque la había tenido aplastada durante todos aquellos años, a Purita primero, y a Doña Pura después.

Hasta la primera vez que visitó Madrid y su amiga Juanita la enseñó a ponerse de pie, y a levantar la cabeza, y a mirar todo lo que la rodeaba, y a lamentarse por todo lo que se pensaba perder. La que le descubrió también la otra Purita, la que llevaba dentro pero ni siquiera ella lo sabía. La que podía amar, la que temblaba con las caricias de su amiga, la que aceptaba probarse sus vestidos en medio de ese juego seductor que la hacía vibrar de emoción. La que lucía esos vestidos por las calles de Madrid orgullosa de su imagen y del calor que le daba su amiga.

Doña Pura desprendió de su pelo la última horquilla. Metió el estuche en la maleta, junto al traje de chaqueta gris, y la cerró. En su viaje de vuelta, la abriría de nuevo, justo media hora antes de llegar al pueblo.

La mujer del pañuelo negro había optado por poner la tartera directamente sobre las rodillas de su hijo. El chaval acababa de engullir el último trozo de tortilla de patatas, y ella se disponía a limpiarle boca y manos con una servilleta a cuadros que sacó de la cesta. Pero el chico no estaba por la labor de aguantar otro ataque más de limpieza por parte de su madre, que en este viaje ya le habían dado unos cuantos. Tuvo suerte, porque su madre se había quedado embelesada de pronto con el taconeo de unos zapatos rojos que acababan de entrar en el compartimento. Sobre ellos la imagen de una señora vestida de rojo que apenas reconoció.

Breves momentos después, llegado ya el tren a su destino, ambas mujeres cogieron sus equipajes y descendieron al mismo tiempo al andén. La una llevaba una maleta que parecía no pesar, lo que permitía que en ningún momento se resintiera el garbo que le daba a sus andares. La otra, aparte de una cesta de mimbre y de una maleta atada con cuerdas, tiraba como podía de un niño enfurruñado, y mientras iba caminando a duras penas detrás de la señora del tren, miraba fascinada el vestido rojo que llevaba ahora, que parecía que iba a salir volando, y miraba sus medias finas y transparentes, y el cabello brillante y suelto sobre los hombros, y sus zapatos rojos, con esos tacones tan altos. Y se acordó de su Paco, de que si su Paco la viera con un vestido así, se pondría como loco.

Entonces la buena mujer se puso a caminar al ritmo de la señora, dando sus mismos pasos; al mismo tiempo que ella; empujando incluso ligeramente sus talones y, por un momento, lo consiguió.

Consiguió escuchar el coqueto y seductor taconeo de sus zapatillas negras de paño.